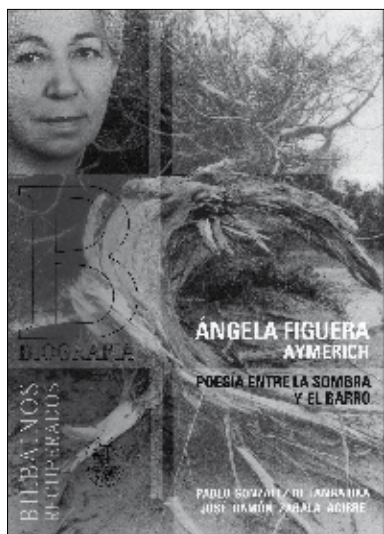


José Ramón Zabala

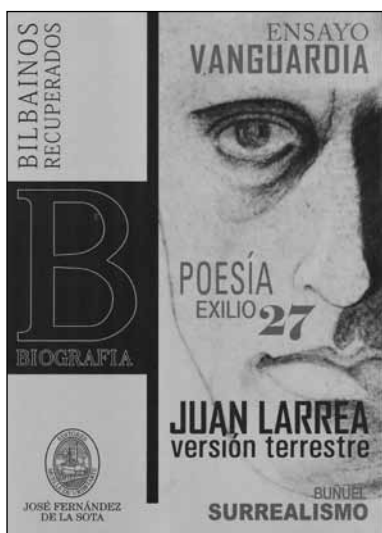


Voces de un país...

Hombres y mujeres de generaciones diversas, con poéticas e ideologías dispares. Así son los poetas vascos en esta segunda década del XXI. Aparentemente salvo el adjetivo “vasco”, nada parece unirles y, sin embargo, existen puntos de conexión, reflexiones paralelas, me atrevo a decir que hasta características comunes. En primer lugar no es fácil distinguir por sus escrituras el sexo del poeta, no existen marcas de género en sus líricas. Tampoco el salto generacional implica dificultad alguna: el respeto y la admiración mutua parece norma generalizada. Por otra parte, pese a lo que se ha solido decir en determinada prensa, estos poetas escriben con libertad, expresan lo que sienten y piensan aunque no sea lo políticamente correcto. Muchas veces, no coinciden entre ellos pero no es un problema. Temáticamente, todos expresan una desazón generalizada ante la realidad y ésta es muchas veces protagonista de unas poéticas que parecen haber desterrado la cuestión amorosa. No hay poemas de amor en estos años de crisis total. O los hay pero no están en esta antología. Desde lo onírico, lo surrealista, lo visionario, la realidad más alienada impone su norma y así lo denuncian, a veces desde un pesimismo feroz. Ese sentido crítico se dirige también hacia el propio país, esta Euskal Herria fragmentada y llena de heridas. No hay paisajes bucólicos con vaca y caserío sino la ciudad uniformizadora que castiga al individuo y lo aplasta. No es una ciudad concreta, por otra parte, no es Bilbao o Donostia, sino más bien una jungla urbana decadente, apocalíptica incluso. Estas líneas son, seguramente, simplificadoras. Cada poeta ha labrado su propio estilo de forma que es posible diferenciar a los autores tan solo con leer unos versos. Por ello quizá sea mejor apuntar algunos rasgos personales para comprender mejor sus trabajos.

Jorge G. Aranguren, patriarca de esta selección, no ejerce de tal, dista mucho de decir cómo o qué hay que escribir. Jorge, Premio Adonais en 1977, es una de las grandes figuras literarias del franquismo postrero, uno de nuestros clásicos. Hace más de veinte años la Universidad del País Vasco editó sus obras completas, *Fuego lento*. No sabían que este viejo poeta no tiene ninguna intención de jubilarse. Jorge sigue siendo un escritor en plena efervescencia creadora, orfebre que pule cada palabra, cada giro. Nada es casual en esta poesía, ni siquiera en esta pequeña selección. Simples en apariencia, recuerdan esas complejas figuras de Murano, transparentes, sencillas, pero llenas de recovecos imposibles, giros imprevistos, reflejos iridisados. Jorge, que es donostiarra aunque aborrezca de muchos donostiarrismos, escribe una poesía plagada de intertextualidad, de guiños culturales, de referencias a otras tierras; es el Mississipi, es Ronchamp, la Alemania de Franz Marc, la laguna Estigia. Y Donostia-Sanseacabó. Es poeta de síntesis y de una sensibilidad acusada que le lleva a combinar ninfas con vecinas brujas, torreznos con munipas a caballo. No huye de la realidad; la incorpora sin problemas a su universo poético

Blanca Sarasua, compañera generacional de Jorge, representa la insistencia de una mujer escritora por ocupar un espacio bajo el sol, actitud que tiene mucho de reivindicativa. El salto a la publicación en su caso fue más tardía porque también fueron mayores las dificultades para lograrlo. Afirmaba el jurado del último premio conseguido por Blanca, el San Juan de la Cruz, que su poesía se caracteriza por un estilo juvenil y es cierto: es una joven de setenta y pico años cuyo estilo se construye desde la aparente sencillez de lo cotidiano que trasciende en sus versos. Un ejemplo lo tenemos en “La mirada del mundo” donde un calendario es inicio de su reflexión lírica, o la visión de la luna



que lleva a la protagonista poética a la reivindicación de lo humano por encima de lo nacional: “te quiero por apátrida” le confesaré. El “yo” es, por otra parte, uno de los temas reiterados en esta poesía. La escritora busca conocerse a través del instrumento poético, en una búsqueda personal, introspectiva. “Tengo que reunirme conmigo antes que nada” escribe en “Sin cita en la agenda”. Y en “Patio cerrado” reivindica una vitalidad ligada con el huir de la “mente oscura”, abrirse al aire, abrir las ventanas. Lo estético predomina sobre lo ideológico en la búsqueda “de ese mundo interior, de ese andamiaje que nos sujeta clandestinamente”. También la descripción es fundamental en esta lírica, base de muchas de las reflexiones, realidad que adquiere en sus versos valor simbólico. Blanca es una gran observadora, sobre todo de la naturaleza, referente constante en su obra.

Pablo González de Langarika inició su andadura en una transición, plagada por tensiones políticas y sociales. Su lírica, marcada desde el comienzo por la pesadilla, lo visionario y el pesimismo ante la realidad y el ser humano, le ha llevado a una poesía hermética, compleja. Esta tendencia ha empezado a variar con su último libro, *Entre los pliegues de la luz*. Ese cambio se hace más evidente en estos poemas. Junto a una prosa poética, extraída del mencionado libro, seis falsos sonetos son ejemplo de la capacidad técnica de este bilbaíno incansable. Son sonetos con mucho de guiño técnico puesto que, frente al habitual versolibrismo, Pablo demuestra saber rimar, contar sílabas, construir estructuras... pero sin caer en el clasicismo, jugando con la estrofa, con sonetos de quince versos, diecisiete, dieciocho... Sólo “Pleito” cumple los requisitos técnicos. Pero hay más. El poeta retorna aquí a aquella poesía que encontró su mejor definición en *Los ojos de la iguana* (1987). Allí también combinaba lo visionario con la crítica a una realidad despiadada, marcada por la reconversión industrial. Otra crisis ha incidido en esta variación temática: “que no se dé mi esfuerzo a quien lo vende”. Pero no hay que equivocarse: la crítica ha estado siempre en la palabra de un hombre que, desde su madurez, no puede sino denunciar a “los consumados ladrones liberales”. Y lo hace sin abandonar ese su humor socarrón de vasco. Como la dedicatoria “A la Virgen de Lourdes, por si procede”. Para el poeta no hay ídolos religiosos ni de los otros. Lo vemos en el soneto a la fotografía de Blas de Otero, “el más genial de todos los toreros”. “Desde la sombra”, por su parte, muestra su poesía reciente, dura, delirante, sin lugar para bromas. La vida se acaba y los ojos retornan a otros tiempos, el de la infancia y el de los siglos. Son expresiones de una de nuestras voces más maduras y enteras.

Julia Otxoa, prolífica y diversa, es creadora difícil de encasillar. Sin duda dos de sus características más destacadas sean la continua reflexión metapoética que desarrolla en torno a su poesía, junto con el interés por abrirse hacia otras formas de expresión artística, tanto dentro de la literatura como de las artes plásticas, siendo la poesía visual una de sus grandes especialidades. A la vez es la más mediática de nuestras poetisas. En este monográfico encontramos dos tipos de poemas propios de su quehacer. Así, mientras los poemas “Mamuen etxea” y “Siglo XXI” nos muestran su habitual pesimismo histórico y una visión del País Vasco decididamente escorada desde el punto de vista ideológico, “De los pájaros” retoma la poesía de Julia unida a la naturaleza. Lo mejor de la obra de Julia se identifica, sin duda, con el paisaje; baste recordar aquel hermoso título de *La nieve en los manzanos*, uno de sus poemarios más conocidos. “De los pájaros” es poesía de lo sensitivo, poesía pintada, en la que lo racional queda en un segundo plano. “No hay mayor riqueza que las alas”, escribe, y es





cierto. La escritora se identifica con las aves y a través de ellas su lírica asciende y se interna en lo sensible.

Karmelo C. Iribarren es autor de una poesía profundamente urbana y noctámbula. La de Karmelo es una mirada tierna que, desde un pesimismo personal y vital, renuncia a cualquier idea de cambiar las cosas; se conforma con retratarlas. El poeta se autodefine como tipo triste y solitario, un hombre que envejece sin esperanza. Este poso de amargura no quiere decir que sea esa la imagen que transmite el autor, poco interesado en dar una imagen canalla de sí mismo. Estos poemas tienen mucho de reflexión desde la barra de un bar donde se intuye la mirada deformada por el tabaco, distorsionada por el alcohol y el sudor amargo de la noche. Se ha hablado de esta poesía como exponente del *Realismo sucio*, precisa en sus términos, sin adornos, centrada en personajes sin trascendencia. Y algo de ello hay. La forma es sencilla como lo es también el contenido aunque éste lleva consigo una profunda carga de pensamiento existencial. A través de imágenes rutinarias, degradadas por el cansancio, cuestiona nuestras preocupaciones cotidianas, el absurdo de perder una tarde de sábado en el hipermercado, mientras la vida pasa en su sinsentido. Sin embargo también hay aspectos positivos en esa realidad descarnada. “El viento y yo” muestra un aliento esperanzado que retrotrae a la niñez, a la inocencia, a la naturaleza en el medio urbano.

La poesía de Eli Tolaretxipi se construye sobre lo onírico, como renglones escritos al despertar de una pesadilla donde se entremezclan sueño y realidad. Es una lírica trabajada y rica en evocaciones, como no podría ser menos en la que ha sido representante vasca en las recientes Olimpiadas Culturales de Londres 2012, *Poetry Parnassus*, seleccionada entre seis mil poetas de 204 países. Nada es casual. La escritura de la donostiarra muestra una aparente sencillez formal que, sin embargo, no lastra su tremenda profundidad conceptual. En estos poemas encontramos a una escritora que busca expresar su propia complejidad espiritual, en un ejercicio de introspección para el que cualquier barroquismo expresivo no sería más que un estorbo. El barroquismo existe, sí, pero se sitúa en el concepto, complejo, denso, lleno de texturas. La base de estos poemas es la enumeración de imágenes, en sucesión cercana al caos de la conciencia, pero siempre engarzadas sobre una musicalidad conscientemente trabajada, “como el barco cose el horizonte”.

María Maizkurrena no es una escritora demasiado prolífica si bien es autora de poemarios muy interesantes. Se ha solido decir que su poesía es oscura, azul que dirían los anglófilos, tanto por el ámbito en que gusta moverse como por su contenido sentimental: “países sumergidos en el crepúsculo”. También se ha dicho que la suya es una poesía elegíaca, marcada por la desilusión, el tiempo pasado, las oportunidades perdidas. Se podría hablar de un posromanticismo cernudiano en esa atracción que María parece sentir por paisajes urbanos desolados, góticos, fantásticos. No es Bilbao sino el mundo onírico de la mejor ciencia ficción, un reflejo de su alma. Nos habla la escritora de viejas heridas, que son suyas porque no hay distancia entre el yo del poema y el yo que escribe. Y cuando se dirige a una segunda persona, “tu miedo y tu esperanza”, vuelve a ser yo. Hay mucho de heroico en estas derrotas que nos describe María, de heroico y noble, sincero. Está confuso el mundo nos dice, soy el cansancio, reitera, y sabemos que es cierto. El pesimismo de una mujer que ve pasar la vida, el mundo, todo lo que se lleva el incendio del olvido. Sobre ese concepto del tiempo construye una poesía sin pretensiones técnicas, una poesía que quiere hacerse entender, comunicar, en ocasiones, provocar.

Generacionalmente, José Fernández de la Sota es compañero de las dos anteriores. Los dos premios Euskadi de los que ha sido merecedora la poesía de Fernández de la Sota indican el nivel literario que caracteriza a este poeta de raíces encartadas: probablemente estemos hablando del mejor poeta vasco en castellano del momento. Y no es un título regalado. En cada nueva entrega de la Sota nos demuestra que su obra es una lírica en movimiento, activa, cambiante, una poesía que se transforma en una evolución y una búsqueda permanentes. Esta diversidad de registros y perspectivas se puede apreciar muy bien en los tres textos seleccionados. De una parte, nos encontramos ante un poema realmente grande, un poema que probablemente va a quedar en las antologías de estos años difíciles. Con “Miedo” el poeta bilbaíno nos devuelve a la lírica que habla un lenguaje planetario, una poesía irreverente con niveles plurales de significación, accesible por ello a todo tipo de lector. Son versos rotundos, con mucho de Whitman, de León Felipe, de Neruda, de Allen Ginsberg, pero también con demasiado de nuestra cotidianeidad en un mundo desquiciado. Un extenso poema pleno de referencias intertextuales. “I+D” y “No me sigas” no son tan ambiciosos pero reiteran esa capacidad de emocionar al lector mediante unos recursos similares al anterior, a través de una poesía que engarza radicalmente con lo real y con la búsqueda de nuevos caminos.

Aitor Francos Ajona, el más joven de esta antología, con dos libros publicados, es un exponente de cómo la lírica vasca se renueva. La poesía de este joven médico es intelectual y surrealista, de fuerte componente narrativo. Sus versos hacen alusión a vidas que se entrecruzan en todos los hemisferios. Kinji que escribe en un barco, la isla fantasma de Hashima, junto a Nagasaki, Nikolái, el Soviético, y Bilbao. Son poemas cargados de conceptos, llenos de referencias donde lo novelesco y mítico se confunde con lo real y enciclopédico. Por ejemplo, para entender el poema “Hashima” es preciso conocer un poco la historia de ese pequeño espacio, escenario del horror con marca Mitsubishi. El resultado es de una irrealidad total. Frente a ello, la alusión a la geografía más familiar constituye un anclaje para no perderse en esos mundos referenciados. La poesía de Aitor nos lleva a una geografía post-apocalíptica, imposible, romántica y, a la vez, enfermiza, con una fuerte carga de pesimismo, en consonancia con los tiempos que corren. No rehúye el tecnicismo, el latín, el inglés, y, al tiempo, recrea escenas de evidente nostalgia; a ese romanticismo me refiero. Por ejemplo, el novelista que bebe ron junto al flexo exánime. No es una poesía fácil: sus versos concentran conceptos y mundos extremadamente diversos. Ahí se encuentra la riqueza de esta aportación que nos puede trasladar en una sola palabra al otro extremo del planeta y a su sufrimiento.

Ellas y ellos son algunas de las voces poéticas más destacadas de este país plural. Merece la pena escucharlas con detenimiento.

